

DENNIS LEHANE

Desapareció una noche

UNA INVESTIGACIÓN DE KENZIE Y GENNARO



A pesar de la amplia cobertura periodística y de una minuciosa investigación policial, nadie ha logrado dar con Amanda, una pequeña de cuatro años aparentemente secuestrada en Boston. Ciertos detalles del caso resultan un tanto ominosos: la indiferencia de la madre, las adicciones de sus amigos, y la enorme preocupación que en cambio demuestran los tíos de Amanda. Los días pasan y empieza a parecer que la pequeña nunca hubiese existido. Pero ante la política de «desinformación» del departamento de policía y el interés más bien mezquino de los medios sensacionalistas, que se ceban en la desaparición de un segundo niño, Kenzie y Gennaro, investigadores privados, deciden llevar el caso hasta sus últimas consecuencias.

La obra de Dennis Lehane ha sido llevada al cine en varias ocasiones; Clint Eastwood adaptó *Mystic River*, Martin Scorsese, *Shutter Island*, y Ben Affleck debutó como director magistralmente con *Adiós, pequeña adiós*, adaptación de *Desapareció una noche*. Lehane es también guionista de la aclamada serie *The Wire*.

A mi hermana Maureen y a mis hermanos Michael, Thomas y Gerard por haberme apoyado y aguantado tanto. No debe haber sido fácil.

Y a JCP que ni siquiera tuvo la oportunidad de hacerlo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a la autora de la edición inglesa, Claire Wachtel, y a mi agente, Ann Rittenberg, haber salvado, una vez más, un manuscrito del desastre y haberme hecho quedar mucho mejor de lo que podía esperar. A Mal, Sheila y Sterling haber leído el primer borrador y haberme ayudado a resolver las dificultades.

También quiero dar las gracias al sargento Larry Gillis de la policía del estado de Massachusetts, Departamento de Asuntos Públicos; a Mary Clark de la biblioteca pública Thomas Crane de Quincy; a Jennifer Brawer de William Morrow y a Francesca Liversidge de Bantam de Reino Unido, por haber solucionado innumerables cuestiones intangibles.

NOTA DEL AUTOR

Cualquier persona que conozca Boston, Dorchester, South Boston y Quincy, así como la cantera de Quincy y la reserva de Blue Hills, se dará cuenta de que me he tomado muchas libertades en la descripción de los detalles geográficos y topográficos; libertades totalmente intencionadas. Aunque estos pueblos, ciudades y zonas existen, he alterado alguna información según las necesidades de la historia o por capricho y, por lo tanto, deben ser considerados ficticios. Cualquier parecido de los personajes y situaciones con personas reales, vivas o muertas, es fruto de la casualidad.

PORT MESA, TEXAS

OCTUBRE DE 1998

Mucho antes de que el sol llegue al golfo, los barcos pesqueros se adentran en la oscuridad. Son casi todos barcos camaroneros, aunque alguna vez vayan a la caza de agujas o tarpones, y la mayoría de la tripulación es masculina. Las pocas mujeres que trabajan en ellos suelen evitar el contacto con sus compañeros. Estamos en la costa de Texas donde muchos hombres han luchado hasta la muerte, mientras pescaban, a lo largo de dos siglos. Sus descendientes y los amigos que les han sobrevivido sienten que han adquirido sus prejuicios, su odio hacia los competidores vietnamitas, su desconfianza hacia cualquier mujer dispuesta a tal trabajo: manosear gruesos cables y anzuelos que cortan como cuchillos en medio de la noche.

Las mujeres, dice un pescador en la oscuridad que precede al amanecer —mientras el capitán reduce el sordo ruido del motor del barco rastreador y el mar color pizarra se vuelve turbio—, deberían ser como Rachel. Eso sí que es una mujer.

Es una mujer, dice también otro pescador. Sin duda que lo es, maldita sea.

Rachel es relativamente nueva en Port Mesa. Apareció en julio con su niño y una camioneta Dodge estropeada, alquiló una pequeña casa al norte de la ciudad y arrancó el cartel de «Se necesita ayuda» de la ventana de Crockett's Last Stand, un bar de muelle encaramado en lo alto de antiguos pilotes que ceden hacia el mar.

Pasaron meses antes de que nadie averiguara su apellido: Smith.

Port Mesa atrae a muchos Smith. También a algunos Doe. La tripulación de la mitad de los barcos está formada por hombres que huyen de algo. Duermen cuando casi todo el mundo está despierto, trabajan cuando casi todos duermen, el resto del tiempo beben en bares en los cuales pocos forasteros se atreverían a entrar, siguen su presa y las estaciones, se desplazan para trabajar hasta sitios tan lejanos como Baja en el oeste y Cayo Hueso en el sur y cobran en efectivo.

Dalton Voy, el propietario de Crockett's Last Stand, paga a Rachel Smith en efectivo. Le pagaría en lingotes de oro si ella quisiera. Desde que ocupó su puesto detrás de la barra, el negocio ha crecido un veinte por ciento. Y por extraño que parezca, también hay menos peleas. Por lo general, los hombres bajan del barco con el sol pegado al cuerpo y a la sangre, y eso les hace irritables, capaces de acabar una discusión de un botellazo o un golpe con un taco de billar. Y si hay mujeres bonitas cerca, como bien dice Dalton, sencillamente se ponen mucho peor. Están más dispuestos a reírse, pero también a ofenderse.

Hay algo en Rachel que calma a los hombres.

Y que los previene, también.

Está en sus ojos, una mirada rápida, dura y fría cuando alguien se pasa de la raya, le toca la muñeca o cuenta un chiste verde que no hace gracia. Y también está en su cara, en las profundas arrugas, en la belleza que perdura, en la sensación de una vida anterior a Port Mesa que ha conocido amaneceres más tristes y realidades más difíciles que la mayoría de pescadores.

Rachel lleva una pistola en el bolso. Dalton Voy la vio por casualidad y lo único que le sorprendió es que no le sorprendiera en absoluto. De alguna manera, ya lo sabía. De alguna manera, todo el mundo lo sabía. Nadie aborda nunca a Rachel en el aparcamiento después del trabajo, na-

die intenta convencerla para que entre en su coche. Nadie la sigue a casa.

Pero cuando sus ojos ya no tienen esa dura mirada y la distancia desaparece de su rostro, no veas, ilumina totalmente el lugar. Se mueve por todo el bar como una bailarina; cada giro, cada movimiento, cada vez que inclina una botella lo hace con suavidad y delicadeza. Cuando se ríe, abre tanto la boca que la risa estalla en sus ojos y los presentes intentan contar un chiste nuevo, más gracioso, sólo para volver a sentir el estremecimiento de su risa recorriéndoles todo el cuerpo.

Y también está su hijo. Un niño guapo y rubio. No se parece en nada a ella, pero cuando sonrío, es evidente que es el hijo de Rachel. Quizá sea algo inestable, como ella. A veces, sus ojos delatan cierta advertencia, lo cual resulta raro en un niño tan pequeño. Apenas tiene edad de caminar y ya le muestra al mundo lo que piensa: «No me presiones».

La vieja señora Hayley vigila al niño mientras Rachel trabaja; después le cuenta a Dalton Voy que no se podría pedir a un niño que se portara mejor ni que amara a su madre, con tanta candidez. Dice que el niño será algo fuera de lo corriente. Presidente o algo así. Héroe de guerra. Presta atención a lo que te digo, Dalton. Presta mucha atención.

Un día, durante la puesta de sol en Boynton's Cove, Dalton hace su paseo diario y se encuentra con madre e hijo. Rachel se baña hasta la cintura en el cálido golfo, sostiene al niño en sus brazos y lo baña poco a poco. El agua es de oro, parece seda bajo los últimos rayos de sol, Dalton tiene la sensación de que Rachel purifica a su hijo en oro o de que lleva a cabo algún rito antiguo que protege el cuerpo para que nadie pueda atravesarlo ni rasgarlo.

Ambos se ríen en el mar color de ámbar y el sol se tiñe de rojo a sus espaldas. Rachel besa el cuello de su hijo y le apoya las pantorrillas en su cadera. Él se apoya en las manos de su madre. Se miran a los ojos.

Dalton está convencido de no haber visto nunca nada tan bonito como esa mirada.

Rachel no lo ve y Dalton ni siquiera saluda. En realidad, se siente como un intruso. Mantiene la cabeza baja y se va andando por donde vino.

Algo sucede cuando te encuentras casualmente con un amor tan puro. Te hace sentir pequeño. Te hace sentir feo, avergonzado e indigno.

Mientras observa a madre e hijo jugar en el agua color de ámbar, Dalton Voy se da cuenta de la pura y simple verdad: jamás, ni durante un segundo, le han amado así.

¿Amarlo así? Ni por casualidad. Es algo tan puro que casi parece un maldito acto delictivo.

PRIMERA PARTE
VERANILLO DE SAN MARTÍN, 1997

1

En este país, según las estadísticas, desaparecen al día dos mil trescientos niños.

Casi todos son secuestrados por uno de sus progenitores, que por lo general están separados, y en más del cincuenta por ciento de las ocasiones, nunca se cuestiona el paradero del niño. A la gran mayoría de estos niños los devuelven en el plazo de una semana.

Los fugitivos representan otro porcentaje de esos dos mil trescientos niños. Una vez más, gran parte de estos niños no desaparece por mucho tiempo y suele conocerse o adivinarse el paradero enseguida, en muchos casos se trata de la casa de un amigo.

Otra categoría de niños desaparecidos es la de los rechazados, tanto aquellos que han sido expulsados de sus casas, como quienes habiéndose escapado de casa no son objeto de búsqueda por parte de sus padres. Éstos son, a menudo, los niños que llenan albergues, estaciones de autobuses, esquinas del barrio chino y que, finalmente, acaban en la cárcel.

De los más de ochocientos mil niños que desaparecen por año en el país, sólo entre tres mil quinientos y cuatro mil pertenecen a la categoría de lo que el Departamento de Justicia califica de secuestros no familiares, o casos en los que la policía desecha enseguida la posibilidad de secuestros familiares, fugas, expulsión de los padres, o que el niño se haya perdido o esté herido. Trescientos de estos niños desaparecidos al cabo del año, nunca vuelven.

Nadie, ni padres ni amigos ni los responsables de aplicar la ley ni las organizaciones de asistencia al niño ni los centros para gente desaparecida saben dónde van a parar. A la tumba, es posible; a los sótanos o a las casas de los pederastas; al vacío, quizás, a alguno de los agujeros en la estructura del universo desde donde nunca jamás volveremos a tener noticias de ellos.

Donde sea que vayan a parar esos trescientos, siguen estando desaparecidos. En ese momento impresionan a cuantos han oído hablar de su caso y obsesionan, durante mucho más tiempo, a quienes los quieren.

Al no dejar atrás ningún cuerpo, al no existir ninguna prueba de su muerte, no mueren. Nos mantienen pendientes del vacío.

Y siguen estando desaparecidos.

—Mi hermana —dijo Lionel McCready, mientras paseaba preocupado por nuestra oficina-campanario— ha tenido una vida muy difícil.

Lionel es un hombre robusto, con cara de perro sabueso; de su clavícula salen hombros anchos muy caídos, como si llevara encima algún peso. Tiene una sonrisa distraída y tímida, pero estrecha su encallecida mano con seguridad. Lleva un uniforme marrón de United Parcel Service y sus fornidas manos acarician el borde de la gorra de béisbol marrón a juego.

—Nuestra madre era, francamente, una gran bebedora. Y nuestro padre se marchó cuando los dos éramos pequeños. Si uno crece así, uno, digo yo, siente mucha rabia. Tardas cierto tiempo en poner las ideas en orden, en entender qué camino seguir en la vida. No sólo se trata de Helene. Es decir, yo también tuve serios problemas, a los veinte la pifí bien pifiada: no era ningún angelito.

—Lionel —dijo su mujer.

Le hizo un gesto levantando la mano, como si tuviera que sacarlo todo ahora o callar para siempre.

—Yo tuve suerte: conocí a Beatrice y me ordenó la vida. Lo que les quiero decir, señor Kenzie, señorita Gennaro, es que si a uno le dan un poco de tiempo, y alguna que otra oportunidad, uno tiene la posibilidad de crecer y de quitarse de encima toda esa mierda. Lo que quiero decir es que mi hermana aún está creciendo. Quizá. Porque tuvo una vida muy difícil y...

—Lionel —dijo su mujer—, deja de excusar a Helene.

Beatrice McCready se pasó la mano por su corto pelo teñido de color fresa y dijo:

—Cariño, siéntate, por favor.

—Sólo estoy intentando explicar que Helene no tuvo la vida fácil —agregó Lionel.

—Ni tú tampoco —añadió Beatrice—, y eres un buen padre.

—¿Cuántos hijos tienen? —preguntó Angie.

Beatrice sonrió y continuó:

—Uno, Matt. Tiene cinco años. Vivirá con mi hermano y su mujer hasta que encontremos a Amanda.

Lionel pareció sentirse mucho mejor al oír hablar de su hijo.

—Es un chico estupendo —dijo y parecía sentirse incómodo por lo orgulloso que estaba.

—¿Y Amanda? —pregunté.

—Es una chica estupenda, también. Y desde luego es demasiado joven para ir sola por ahí.

Hacia tres días que Amanda McCready había desaparecido del barrio. Desde entonces, toda la ciudad de Boston parecía estar obsesionada con su paradero. La policía había destinado más hombres a su búsqueda que cuando perseguía a John Salvi por colocar unas bombas en la clínica de abortos cuatro años atrás. El alcalde convocó una rueda de prensa y prometió que no daría prioridad a ningún otro caso de la ciudad hasta encontrarla. La cobertura periodística

llegó al punto de la saturación: primera página en los dos periódicos de la mañana, historia principal en los tres programas de televisión más importantes cada noche, informaciones de última hora que interrumpían telenovelas y programas de entrevistas.

Y tres días después, nada. No había ni rastro de ella.

Cuando desapareció, Amanda McCready había habitado este planeta durante cuatro años y siete meses. Su madre la había acostado el domingo por la noche, había ido a ver cómo estaba a alrededor de las ocho y media, y a la mañana siguiente, un poco más tarde de las nueve, sólo encontró las sábanas hundidas con las marcas arrugadas de su cuerpo.

La ropa que Helene McCready había preparado para su hija —una camiseta rosa, pantalones vaqueros, calcetines rosas y zapatillas blancas— había desaparecido, como también la muñeca favorita de Amanda, una réplica de pelo rubio de una niña de tres años que tenía un extraño parecido con su propietaria y a quien Amanda había puesto el nombre de Pea. La habitación no mostraba indicios de violencia.

Helene y Amanda vivían en el segundo piso de un edificio de tres plantas; aunque cabía la posibilidad de que Amanda hubiese sido secuestrada por alguien que hubiera colocado una escalera bajo la ventana del dormitorio y hubiese empujado la ventana para poder entrar, era muy improbable. No había ningún rastro en los cristales ni en el alféizar ni marca de escalera en el suelo.

Con toda probabilidad, si tenemos en cuenta que una niña de cuatro años no suele abandonar repentinamente su casa en mitad de la noche, el secuestrador había entrado en el piso por la puerta principal, sin forzar la cerradura ni utilizar una palanca para desmontar las bisagras de la jamba; la puerta no estaba cerrada con llave.

Helene McCready recibió duras críticas de la prensa cuando esta información salió a la luz. Veinticuatro horas

después de la desaparición de su hija, *News*, el tabloide de Boston contrario a *New York Post*, en su titular de primera página decía:

PASEN:
LA MADRE DE LA PEQUEÑA AMANDA
HA DEJADO LA PUERTA ABIERTA

Bajo los titulares había dos fotografías, una de Amanda y otra de la puerta principal del piso. Mostraban la puerta abierta de par en par, pero según afirmó la policía no era así como la habían encontrado la mañana en que Amanda desapareció. Sin cerrar con llave, sí; pero totalmente abierta, no.

Sin embargo, a la gran mayoría de los ciudadanos no le importaba mucho esa distinción. Helene McCready había dejado sola a su hija de cuatro años, la puerta sin llave, mientras visitaba a su vecina y amiga Dottie Mahew. Dottie y ella habían estado mirando la televisión dos comedias y la película de la semana, *Her Father's Sins*, con Suzanne Somers y Tony Curtis de protagonistas. Después de las noticias, habían mirado la primera parte de *Entertainment Tonight Weekend Edition*.

Durante unas tres horas y cuarenta y cinco minutos, había dejado a Amanda sola sin cerrar la puerta con llave. Se suponía entonces que en algún momento se había escapado o alguien la había secuestrado.

Angie y yo habíamos seguido el caso con atención y estábamos desconcertados, de la misma forma que parecía desconcertar al resto de la población. Sabíamos que Helene McCready había sido sometida a un detector de mentiras en relación con la desaparición de su hija y que había salido airosa. La policía no había encontrado ninguna pista; se rumoreaba que estaban consultando a personas con poderes paranormales. Con respecto a esa calurosa noche del veranillo de san Martín, cuando la mayoría de las ventanas